

**LA SORPRESA**  
**GERARDO DE LA LLERA DOMÍNGUEZ**

No se si a todos los latinoamericanos y caribeños les sucede igual que a mí, al experimentar una sensación de laxitud y complacencia, de haber llegado a casa después que se ha viajado por Europa y ya al regreso por agradables exigencias de los diferentes itinerarios de vuelo, deben hacer escala en la placentera Ciudad de Madrid. Si es sólo una escala breve, que no permita salir del aeropuerto de Barajas, se tiene uno que contentar con pasear su mirada por las vitrinas que exhiben las preciosas y famosas muñecas de bailarinas españolas que ya nuestro Héroe Nacional y Apóstol José Martí inmortalizó en su conocido poema. Si por el contrario, que es lo que todos deseamos, la escala debe ser de horas prolongadas o días, entonces la gloria nos invade y el sentimiento presente el dulce sentir de la vida madrileña.

Es así que en ese otoño del año 1993, llegué a Madrid, donde por las razones de itinerario antes apuntadas, tuve necesidad de hacer una escala de dos días. ¡Dos días completos, para dedicarlos a Madrid!. Al día siguiente de arribar, después de haber llegado tarde en la noche, era mi estado anímico tan favorable, que decidí caminar, pues además disfrutaba de una bella tarde. Subí por todo El Prado madrileño, hasta llegar a “Las Cibeles”, preciosa fuente que se encuentra en la plaza del mismo nombre y constituye el símbolo de la ciudad, para después ascender por la conocida avenida de La Gran Vía, hasta sobrepasar, caminando por la senda izquierda en ese sentido, la magnífica librería que allí se encuentra. Crucé la calle y entonces me interné en esas calles de Madrid, donde hace algún tiempo era una tradición dar palmadas por la noche, a fin de que apareciera el “sereno”, para abrir la puerta de los edificios de vivienda y dejar pasar al que lo solicitase previa identificación.

Transitando por esos vericuetos, acerté a ver en uno de los antiguos inmuebles de viviendas, una especie de tarja, que decía “aquí se encuentra el piso de La

Sorpresa”. Pregunté a unos jóvenes que salían del edificio sobre la tarja y me dijeron que no lo conocían bien aunque sabían que se trataba de alguna tragedia ocurrida en el lugar hacía bastante tiempo y que si deseaba más información, podía dirigirme al “encargado”, que de seguro conocía la historia completa. Siguiendo estas instrucciones, penetré en el zaguán y pude observar que a la derecha, se hallaba la puerta de entrada de uno de los apartamentos, en la que había un pequeño letrero colocado en la pared aladaña con la palabra “Encargado”. Presioné el botón del timbre y a los pocos segundos, se abrió la puerta. Apareció en el dintel, un hombre ya anciano, que se apreciaba sobrepasaba los 80 años de edad, algo encorvado, quizás por el peso de los años, de estatura mediana, de cara afable, donde se destacaban unos espejuelos con gruesos lentes, posiblemente como compensatorios de una catarata operada. Cabellera totalmente blanca, peinada hacia atrás y gruesos mostachos ya canosos, ocultaban la boca donde se adivinaba, faltaban piezas. Vestía una camisa de cuello a rayas azules, algo raída por el uso, introducida por dentro de un pantalón color crema, que daban la impresión de ser algo anchos, sujetos por tirantes marrones. Nos saludamos, después de lo cual, yo le expresé el motivo de mi presencia y la curiosidad que en mí había despertado la tarja a la entrada del inmueble. También le dije que yo era un cubano de paso para el viaje a mi País. Me invitó a pasar y a que tomara asiento en uno de los sillones de la reducida sala de la casa. Desde el ángulo en que me encontraba, sólo podía divisar un pequeño comedor y una mampara que se supone era el acceso a un cuarto, pero todo me dio la impresión de cierto desorden y falta de higiene, de lo que tuve la explicación cuando el señor que me había invitado a pasar me dijo que vivía solo desde hacía mucho tiempo. También me expresó su deseo de visitar Cuba, donde refería que su abuelo había estado como soldado, durante la época de la colonia y dominación española de la Isla. Después de conversar poco tiempo sobre aspectos diversos sin mayor interés, fuimos al motivo de mi visita, que era conocer el significado del escrito a la entrada.

El anciano, me expresó que se trataba de una triste historia, devenida en tragedia. Lanzó un suspiro y se dispuso a referir todo lo referente al hecho. En el 4to. piso de los cinco que tiene el edificio, en el apartamento No. 43, habían tenido lugar los sucesos.

En el verano del año 1940 se había mudado a la pieza un matrimonio joven, sin hijos. Al apartamento se llegaba después de ascender una escalera, pues en el edificio no había ascensor. En ese piso existían otros tres apartamentos similares. Constaba de una sala relativamente amplia, con una puerta que daba a un pequeño balcón, desde donde se podía divisar solo la calle estrecha de la entrada y los otros edificios vecinos. A los lados del balcón se encontraban maceteros para poder sembrar flores, cosa que hacían en todo el barrio. A continuación de la sala se hallaba el comedor, que era una pieza de las mismas dimensiones de la sala y se comunicaba por una puerta oscilante de bisagras, con una pequeña cocina. Hacia un lado de la sala se hallaba una puerta que daba a un pequeño pasillo donde se encontraba el cuarto de baño, intercalado entre dos dormitorios. El matrimonio recién llegado había amueblado el recinto con sencillez, de forma que en la sala habían colocado un juego de cierto estilo muy parecido a los usados antiguamente en Cuba, con rejillas en el respaldar y asientos. El juego de comedor era igualmente sencillo con una mesa ampliable hasta seis sillas y en los dormitorios, había sólo en uno una cama camera con un escaparate antiguo y un tocador con espejo. Al no tener hijos, el otro dormitorio había sido destinado a habitación de trabajo, existiendo un buró con dos sillas y unos anaqueles en las paredes con escasos libros viejos.

El nombre de la dama del matrimonio rezaba como Raquel López Cruz, de 28 años, de una belleza poco común, cabellos pelirrojos, tez blanca nacarada, rostro que parecía extraído de una revista de modas sofisticada y figura exuberante perfectamente proporcionada, bien diferente del ejemplar femenino europeo. Vestía de forma sencilla, pero con un exquisito gusto para combinar los colores, lo que resultaba en un verdadero maniquí viviente. De carácter siempre alegre, era un sonajero que con su sonido atraía la atención de todo aquel que la conocía o acertaba a verla pasar. Era empleada de una “boutique” de confecciones

femeninas, ubicada en la Gran Vía, donde se desempeñaba como vendedora, función que cumplía en forma muy eficiente, sobre todo cuando se trataba de clientes masculinos que acudían en busca de algún regalo. Ninguno se marchaba con las manos vacías, hecho que los dueños del establecimiento apreciaban grandemente, por lo que se encargaban de ubicar los clientes con la muchacha. Sin embargo, el salario a pesar de ser decoroso no era gran cosa y Raquel, que era ambiciosa y conocedora de los atributos con los que la naturaleza la había dotado, no se sentía conforme y aspiraba a mucho más. El esposo, Roberto García Domínguez, era un hombre de 32 años, de estatura media, cabello negro, abundante, gruesos mostachos de color negro y rostro algo enjuto, con expresión de tener una preocupación permanente. Su figura, que podía ser atractiva, quizás por su forma de vestir, daba la apariencia de ser algo descuidado. Era de carácter taciturno, introvertido, ensimismado en su mundo interior, lo que hacía que tuviese pocos amigos, o mejor, no tenía amigos y solo tenía conocidos. Era de profesión farmacéutico, a lo que dedicaba todo su tiempo de trabajo y algo más, pues se permitía pocas horas de esparcimiento al día ya que se pasaba todo el tiempo en la farmacia que era de su propiedad, gracias a su tesón y a la ayuda de su padre, ya fallecido, quien le había suministrado una parte de los requerimientos monetarios para la adquisición del negocio. Estaba profundamente y perdidamente enamorado de su esposa, a quien celaba constantemente en silencio, pues jamás se lo hizo saber, quizás temeroso de que pudiese provocar en ella un sentimiento de rechazo. Le molestaba que tuviese que “lidiar” con clientes casi siempre masculinos, quienes estaba seguro, siempre estarían codiciando aquel ejemplar femenino que era su esposa. Estos pensamientos no lo dejaban vivir en paz y muchas veces le había propuesto a su compañera que abandonase el trabajo y permaneciese en la casa, ya que él se lo podía proporcionar todo, pero Raquel nunca aceptó, ya que le disgustaba al extremo el trabajo hogareño. Ella decía que “no servía para lavar, planchar y cocinar”. Tan real era esto que Roberto para complacerla y hacer que ella se sintiese a gusto, hacía estas labores, por supuesto cuando llegaba del trabajo y en los días de receso, en que se dedicaba a las labores de “lavado y planchado”. La cena de todos los días la preparaba y

cocinaba Roberto, quien aprendió a encontrar gusto en esto, al recibir los halagos de Raquel, después de probar los platillos por él preparados. En los días de descanso, a veces Roberto invitaba a Raquel para ir a algún lugar a recrearse un rato y así se trasladaban a un restaurante a cenar. Esto que se suponía debía ser un momento de esparcimiento era para Roberto una tortura, pues no soportaba las miles de miradas furtivas que caían constantemente sobre su bella esposa, provocado por la eterna codicia humana sobre la posesión ajena. Muchas veces en su interior deseaba que los años pasasen a velocidad vertiginosa, para que convirtiesen al ejemplar femenino que con el que compartía su vida en una anciana que no llamase la atención de los hombres, o en una figura obesa para lo que a propósito la incitaba a que ingiriese dulces y carbohidratos en exceso, a lo que Raquel no accedía, sabiendo que debía cuidar su figura, pues se daba cuenta también que esa era su carta de triunfo.

Cada día Roberto se sentía más infeliz, pues notaba que insensiblemente perdía gradualmente el amor de su cónyuge y este pensamiento lo obsesionaba al punto que se percataba de que ya no atendía su trabajo en la forma acostumbrada. Perdía de peso y descuidaba su aspecto personal que siempre dejó bastante que desear. Se apresuraba para llegar a la casa, a fin de que su compañera supiera que cumplía con ella y que no era capaz de detenerse y hacer una escala en el camino para nada, ni siquiera para tomar un café, una caña (cerveza), u otra cosa que le viniese en ganas. No se daba cuenta que con este proceder, cada día sus valores ante la mujer amada, descendían más y más. Raquel, por su parte, quien se sentía dueña y señora, no perdía oportunidad para doblegar al pobre de su marido, haciéndolo sentir el más inferior de los seres humanos y dejando entrever que al menor disgusto, lo abandonaría. Casi siempre ella llegaba a la casa después que él, refiriendo que tenía obligaciones de trabajo fuera del horario normal y que en ocasiones debía relacionarse con personas importantes, lo que posiblemente le ofrecería la posibilidad tanto anhelada de progresar en su labor y ascender como le correspondía.

Así transcurría la vida de este matrimonio quienes no daban la apariencia externa de lo que realmente sucedía entre ellos, pues jamás existió una discusión en alta

voz. Es más, jamás existió una discusión, pues a la menor reclamación de Roberto ante algo que le disgustase de Raquel, lo que era muy factible que sucediese, ella repostaba con agresividad y él cual manso cordero, optaba por el silencio.

Raquel constantemente acusaba a Roberto de llevar una vida sin alicientes, lo que hasta cierto punto era cierto y de no tener todo lo material que ella necesitaba. Lo acusaba también de cicatero y avaro. Roberto se defendía y le explicaba que aunque el negocio de la farmacia era bueno y próspero no daba lo suficiente para llevar la vida a que ella aspiraba y además ahorrar algo de dinero para “la vejez”. Es así que no confiando en la seguridad de los bancos, lo que se debía posiblemente a su propio carácter, mensualmente traía a la casa un paquete de dinero producto de las utilidades libres del negocio de la farmacia, que guardaba en una caja de caudales que se encontraba fijada con mezcla de cemento a la estructura del edificio, debajo de un segmento de una tabla del piso del comedor del apartamento, que era levantada, para después cubrirla con una pequeña alfombra y colocar una silla encima, de modo que quedaba todo disimulado. Esto lo hacía Roberto desde hacía años, siempre usando la caja de caudales y escondiéndola en igual forma en algún lugar de la casa donde viviese en esos momentos, sin que nadie se percatase de esta acción. Ni siquiera su esposa conocía de tal escondite, o al menos eso pensaba él.

Raquel cada vez despreciaba más a su esposo y cada día llegaba más tarde siempre con los mismos pretextos de las relaciones de trabajo.

Roberto por su parte colmaba a Raquel de lisonjas y halagos. Le regalaba flores y constantemente trataba de entablar conversación con ella sobre todo en las sobremesas, soñando despierto y prometiéndole que en algún momento él sería capaz de hacerla vivir lo que ella soñaba. Las relaciones matrimoniales cada vez eran más esporádicas y carentes de emotividad, sobre todo por parte de ella, que lo exasperaba a él y hacía que a su mente aflorase la inutilidad de su vida y su incapacidad para hacer feliz al ser más querido. Los celos no lo dejaban tranquilo, por lo que contrató a un detective particular para que investigara si su esposa le era infiel. Se trataba de un hombre joven de unos treinta años, alto de buena presencia y respondía al nombre de Mario Fernández Alcázar.

Lo primero que hizo este investigador privado para poder controlar los posibles movimientos adúlteros de Raquel, fue apostarse frente a la boutique donde trabajaba, la bella dama, a fin de observar a todos y cada uno de los clientes masculinos que entraban en el local para verificar en días subsiguientes si se repetían las visitas lo que por lo menos marcaría algún sospechoso. Igualmente estuvo atento a detectar si Raquel salía del establecimiento a encontrarse con alguna persona que no necesariamente debía ser el supuesto amante, pues pudiera haberse tratado de un o una mensajera. Vigilaba también el teléfono público situado muy cerca de la tienda, pues sabía que si su objetivo, para usar la terminología empleada por los detectives, hubiese querido hacer alguna llamada, tenía forzosamente que desplazarse hacia ese lugar, pues es sabido que en ningún negocio les es permitido a los empleados ese tipo de llamadas personales, no solo por el costo de la llamada, sino además por la pérdida de tiempo en horas de trabajo. Se debe recordar que en esa época aún no existían los teléfonos celulares que hoy hubiesen permitido a la dama pasar al cuarto de baño con su equipo y hacer la llamada. En esas condiciones sólo le restaba esperar a que terminase el trabajo, para una vez que saliese, seguirla hasta que llegase a su casa y poder así comprobar con el transcurso de un prudencial número de días, la inocencia o no de su caso. No era fácil realizar este “trabajito”, aunque estaba acostumbrado a ello. Para poder realizar la observación diaria, debía apostarse desde su auto en una calle aledaña, pues si se sentaba en una de las mesas de un café enfrente a la tienda llamaba la atención con la repetición de todos los días. Lo mismo ocurría desde el propio auto, pues día tras día llamaba igualmente la atención. Es así que de la misma forma que hacía en otras ocasiones, fingió ser un vendedor ambulante de bisuterías, ubicado en una de las esquinas estratégicas. Para esto él estaba preparado, con licencia y montaje.

A la hora de seguirla, tomaba su carro, y guiaba detrás del vehículo que hubiese tomado Raquel, que a veces era un taxi y otras un ómnibus. Cuando descendía del vehículo debía seguirla a pié, aunque en ocasiones salía a pié de la tienda lo que lo obligaba a caminar tras ella y tomar un taxi en el momento en que ella abordase un transporte.

La bella dama, antes de llegar a su domicilio, gustaba de pasear por la ciudad, penetrar en esos tipos de establecimientos que son tiendas múltiples donde se puede encontrar de todo lo que se pueda vender. Son verdaderos museos de la sociedad de consumo. Gustaba también de sentarse en algún café al aire libre e ingerir un té con crema, lo que hacía siempre disfrutándolo con calidad y distinción. Siempre iba sola y al pasar hacía volver la cabeza a cuanto hombre se diera cruce con ella.

Llevaba ya varios días vigilando todos los movimientos de esta bella mujer y hasta ese momento nada había detectado. Notaba sin embargo que cada día se sentía más atraído por aquella imagen poco usual, al punto de que cuando esperaba se daba cuenta de que deseaba que terminase la jornada de trabajo, a fin de seguirla, que era una labor bien incómoda, pero le daba la oportunidad de observarla, aunque nunca había cruzado palabra con ella. En una ocasión en que ella había penetrado en una librería para buscar un libro específico, él también penetró, pero en uno de los grandes librereros, la perdió de vista, por lo que rápidamente comenzó a rastrear entrando y saliendo en cada pasillo, cuando de improviso, la tuvo frente a sí, tropezando con sus dos bellos ojos que en él se clavaron. Sintió que las piernas se le doblaron, pero se repuso y trató de sobrepasar la sorpresa, aunque no se le quitaban de la mente las dos intrigadas pupilas que por segundos lo observaron. Mientras más seguía a la mujer, más difícil se le hacía pensar que pudiese estar enamorada de su esposo, quien lo había contratado y que él lo había encontrado bastante disímil de aquella preciosa dama, no tanto por el físico de Roberto, quien era un hombre normal, sino por su presencia y personalidad que no se adaptaba a lo que aquel ejemplar femenino, a todas luces necesitaba. Estaba seguro de que las sospechas de Roberto no eran infundadas, pero hasta ese momento no había podido detectar nada. Así llegó el sexto día, en que Raquel al salir había tomado un taxi y se había dirigido a una dirección donde se hallaba un edificio al parecer de oficinas, situado algo más hacia fuera de la Puerta de Alcalá. Allí había permanecido por espacio de una hora, tiempo que el aprovechó para tratar de obtener información sobre las oficinas que allí habían, aunque lo hizo con mucha premura, pues pensaba que en

cualquier momento podía salir Raquel, quien ya lo conocía de vista y todo se echaría a perder. El deseaba intensamente continuar el trabajo, no tanto por la significación económica que le representaba, sino por el placer que le causaba observar a aquella mujer excepcional.

Pasada la primera semana, habló con Roberto dando una explicación de lo ocurrido hasta ese momento. Para sus adentros no pensaba que Raquel estuviese haciendo algo fuera de la legalidad, lo que no dijo a Roberto, pues le convenía que siguiese con la duda.

El detective le informó a Roberto que su esposa en dos ocasiones había acudido a la salida de su trabajo a un edificio donde existían oficinas y había permanecido unas tres horas, que no se apresurara, para no despertar sospechas y poder averiguar, de producirse de nuevo estas visitas, la oficina exacta y la persona visitada.

Con este informe en las manos, Roberto no siguió las orientaciones del detective, pues se desesperó ante la presencia de Raquel y la increpó, acusándola de estar visitando el edificio de referencia informado por el detective y tener relaciones amorosas con otro hombre. Raquel como siempre reaccionó violentamente sin dejarse intimidar y le dijo que ella había asistido en una ocasión a las oficinas de una importante firma de modas para tratar asuntos relacionados con su trabajo que le reportarían beneficios sustanciosos y que se cuidara de seguir interfiriendo en sus asuntos, pues él no era nadie para inmiscuirse. La personalidad dominante de su esposa, lo hizo sentir peor que un microbio a quien acababan de aplastar. Al siguiente día despidió al detective, aunque el martirio de los celos y la desconfianza no desaparecieron. A partir de aquí todo fue peor, pues se encontraba permanentemente abatido y sentía que llegaba a un callejón sin salida. Durante muchos días la idea de terminar sus días le estuvo rondando en la mente, de forma tal que casi se convirtió en una misión a realizar de forma imperiosa, por lo que se dio a la tarea de prepararlo todo y escoger la forma de hacerlo. Pensó en varios medios, pero a todos les encontraba un obstáculo ya sea por considerar el dolor físico que le podría acarrear o por la preparación compleja y terrorífica antes de su ejecución. Por fin se decidió por el envenenamiento que si bien no era uno

de los métodos que marcan el sexo masculino, como el arma de fuego o el ahorcamiento, tenía la ventaja de ser menos traumático y de fácil solución para él que era farmacéutico.

Pasaron alrededor de dos semanas y un día en que como siempre había llegado del trabajo para encontrarse solo en la casa, preparó alimentos en la cocina, que guardó en el refrigerador, hasta tanto se bañara y se vistiese, para esperar como siempre la llegada de su bella esposa. Se dirigió al segundo cuarto del apartamento para realizar un escrito en la maquinilla de escribir y al regresar a la sala-comedor, se tropezó con un individuo enmascarado, quien era un hombre alto, fornido y al parecer joven, que había penetrado en la casa no se sabe como, pero a todas luces sin forzar la puerta violentamente. Una vez que se enfrentaron, este individuo extrajo un revólver con el que amenazó a Roberto y lo conminó a sentarse en una silla, donde lo maniató, advirtiéndole que si gritaba lo mataría. Acto seguido este bandido, comenzó a observar toda la casa, como buscando algo. Se acercó al refrigerador y tomó agua, alcanzando a ver lo que Roberto había colocado dentro que resultó ser un atractivo recipiente pequeño, lleno de gambas (camarones) bellamente preparadas con salsa mayonesa y adornadas con hojas de lechuga, que resultaba un plato realmente apetitoso. Al mirar este bello manjar, miró a su víctima y riendo le dijo con voz marcadamente desfigurada: "Hermano, creo que hoy te quedas sin comida". Acto seguido se sentó a la mesa con el plato delante y casi en un santiamén devoró su contenido. De inmediato se puso pálido, con náuseas, sudoración e inmediatamente se tornó cianótico, violáceo, lo que se apreciaba sobre todo en los miembros superiores, pues la cara estaba parcialmente oculta por la máscara, a lo que Roberto le gritó que lo desatara para ayudarlo. Con gran trabajo el delincuente lo hizo, pero de inmediato, cayó fallecido, postrado a los pies de Roberto. Este con toda calma, retiró la máscara, quedando impresionado con aquel rostro, lo registró, pudiendo ver su identificación, que dejó en su sitio y retiró de uno de sus bolsillos un sobre que contenía una carta, que leyó detenidamente y guardó. Tomó la vasija que acababa de usar el fallecido, donde observó, los restos de alimento que contenía, con el cianuro de potasio que el había mezclado con la mayonesa y las gambas como

medio de cometer el suicidio. Roberto había preparado ese apetitoso plato al que había dotado con una dosis letal del poderoso veneno, a fin de ingerirlo y después prepararse a esperar a su bella esposa, ya fallecido, pero presentable y en forma digna. No había logrado su propósito, pero sin embargo indirectamente había castigado una mala acción en forma algo exagerada, aunque en esos momentos él no lo consideraba así. Tomó el arma del suelo, guardándola en el bolsillo del pantalón, arrastró el cuerpo sin vida del atacante hasta un closet de desahogo, donde lo acomodó y cerró la puerta, disponiéndose a esperar a Raquel quien según calculaba no tardaría en hacer su aparición. En efecto, a los pocos minutos se abrió la puerta de la calle y penetró su esposa, quien al verlo sentado plácidamente, pareció sorprendida, pero todo pasó y al igual que todos los días ella pasó al cuarto de baño para asearse y cambiarse de ropa antes de comer. Al salir, observó que él seguía sentado en la misma silla y le preguntó si no iban a comer, a lo que el le contestó que no, pues la comida se había echado a perder y la invitó a que se sentara. Una vez que Raquel lo hizo, le enseñó una carta que él había hecho y que decía así: "Nadie es culpable de lo que he hecho. Mi vida es mía y hago con ella lo que desee. No puedo seguir viviendo con esta angustia. El dinero que guardaba escondido en la caja de caudales, lo puse en el Banco BV, cuya cuenta pasará a nombre de mi esposa de acuerdo al testamento realizado. Espero que por lo menos aunque tarde reconocerá en algo mis méritos." Y aparecía su firma estampada al final. Una vez que Raquel hubo leído la carta lo miró verdaderamente sorprendida y asustada, preguntando que había pasado y la razón de haber tomado esa decisión. El la miró y sin decir nada, con la cara enrojecida por la furia, la tomó de la mano y casi a empujones la llevó ante el closet, para al abrir la puerta mostrarle el cadáver del asaltante. Al observar el grotesco espectáculo, Raquel exhalando un grito de asombro, casi se desmaya, por lo que tuvo necesidad de sujetarse de la propia puerta. Roberto la miraba y en tono violento le dijo que si no lo conocía, a lo que ella titubeando dijo que no. Entonces él le mostró en forma amenazante la carta que había retirado de uno de los bolsillos del cadáver. La carta era manuscrita, con los rasgos inconfundibles de la letra de Raquel, que Roberto conocía muy bien y decía así: "Amor mío, te hago

estas letras, pues no podemos vernos en un tiempo ya que Roberto continúa sospechado por la información suministrada sobre mi visita al edificio de oficinas de la casa de modas. Además no conviene tampoco que nos vean juntos por ahora, pues tengo la impresión de que de nuevo ha contratado un detective. Debemos poner en práctica el plan acordado sin sospechas. Recuerda que debes hacerlo en el horario que te dije dentro de dos días. Aunque él piensa que yo no conozco el sitio donde guarda el dinero, yo he observado donde se encuentra una caja de caudales que debe contener una fortuna, suficiente para hacernos felices a ti y a mí. El lugar es debajo de la pequeña alfombra que hay en la esquina derecha del piso del comedor. Allí encontrarás una tabla suelta que debes levantar para dar con la caja, aunque pienso que lo mejor será que lo conmines a que te muestre el sitio, para que no recaigan sospechas en mí y después obligarlo a que te abra la caja, pues será muy difícil extraerla completa. Una vez que hagas el trabajo, esperaré alrededor de una semana para reunirme contigo en el sitio acordado y librarme para siempre de la pesadilla que estoy viviendo al lado de este sujeto insoportable. Con besos, tuya para siempre, tu Raquel". Ella tomó la carta con manos temblorosas y no llegó a leerla, pues la conocía muy bien. Al levantar la mirada hacia Roberto, éste, que tenía en sus manos el revólver que le había quitado al asaltante, le dijo "Ahora cambiaron las cosas, pues en vez de matarme yo, te voy a matar a ti". Raquel, quien era de armas a tomar y agresiva, no se dejó intimidar. Tomó un gran cuchillo de monte que había colgado en la puerta del closet y se abalanzó sobre Roberto, quien posiblemente por su carácter timorato nunca hubiese cumplido con lo que decía. Ante la amenaza del cuchillo, dio pasos hacia atrás, tropezando con un mueble por lo que cayó al piso al momento en que Raquel llegaba a él con el arma en la mano, pero la casualidad hizo que el revólver se disparara, alcanzando el plomo el precordio de la mujer, quien cayó mortalmente herida, falleciendo encima de Roberto.

La policía, avisada por los vecinos que escucharon las disputas y el disparo, se presentó pocos momentos después de ocurrido el hecho. Levantaron los cadáveres y llevaron detenido a Roberto, quien confesó todo tal y como había ocurrido.

En la policía le informaron la identidad del asaltante, que ya él conocía.

“Mario Fernández Alcázar. Detective privado”.

Contrariamente a investigar la posible conducta infiel de su esposa, ¡la había seducido!.

Roberto pensaba en el error tan grande que hubiese cometido al suicidarse y dejar el camino libre con todo el dinero a aquella falsa mujer, que en un momento había sido su paradigma. Sin embargo sufría grandemente por su pérdida. ¡Contradicciones e incongruencias de la vida!. Le celebraron juicio y le solicitaban 20 años de privación de libertad, no por la muerte del asaltante, pues Roberto declaró que lo había alertado de que la comida estaba envenenada y no hizo caso, sino por la muerte de Raquel. El abogado defensor esgrimió el punto de defensa propia, basado en que el disparo se había producido desde el suelo en plena huída, ante alguien que portaba un arma. Salió absuelto, pero con el alma destrozada.

Compró el edificio y dejó el apartamento vacío que es como se encuentra actualmente.

Así terminó el relato de esta historia hecho por el anciano encargado, de quien me despedí, entregándole mi tarjeta de presentación, con la recomendación de que no dudara en llamarme si necesitaba algo. Se excusó por no tener tarjeta de presentación, pero en un papel en blanco me puso sus generales.

Ya en la calle leí el papel que decía: “Roberto García Domínguez. Encargado”